Los hilos invisibles del Príncipe Carlos

Pedro DEL GUAYO LITRO
anelier@hotmail.com

Desde mucho antes de que lleguemos a este mundo el destino de cada uno se ve influenciado por personas, conocidas o desconocidas, y por un sinfín de acontecimientos que no siempre protagonizaremos, pero todos inclinarán nuestra vida en una dirección u otra. Incluso mucho después de abandonar este planeta lo que hagamos marcará el camino de otros que ni siquiera aún habrán nacido. A fin de cuentas estamos unidos por unos hilos invisibles que traspasan el tiempo y el espacio.

Partiendo de esta premisa es necesario tomar distancia para poder ampliar el campo de visión, de tal forma que se abarque mayor contexto y lograr así conocer con más claridad la vida de cualquiera. Y es que no se pueden entender los actos de una persona si los aislamos de la realidad que le rodea, pues hasta el más mínimo suceso o detalle, por muy lejano que se encuentre, puede acabar influyéndolos de forma trascendental.

Asomémonos entonces a la figura del príncipe Carlos observando en qué contexto se sucedieron determinados momentos señalados de su existencia. De esta forma podremos entenderle mejor a él y al mundo en el que vivió.

Mucho antes de que naciese la realidad ya empezaba a cincelar su futuro, pues en tiempos de sus tatarabuelos por parte de madre, Felipe y Margarita, se inició un conflicto dinástico que marcaría Europa durante más de cien años. La vida de todos los que Carlos conoció se vio afectada en mayor o menor medida por esa gran contienda. De hecho, su bisabuelo Carlos participó activamente en la misma, pero no así el hijo de este (a la sazón abuelo materno del príncipe de Viana y conocido como el Noble), quien supo moverse con mano conciliadora, consciente de que la paz manejada de forma inteligente siempre traía más beneficios y ganancias. Precisamente su carácter y personalidad influirían muchísimo en su futuro nieto. Pero no nos adelantemos, vayamos poco a poco.

El rey Carlos VII de Francia, Jean Fouquet (Louvre).

Sus primeros pasos

Corría el año 1421 cuando nuestro príncipe abrió los ojos por vez primera un 29 de mayo. En esas fechas la situación política en Europa estaba protagonizada por el gran conflicto entre los monarcas inglés y francés para hacerse con el trono galo, enfrentamiento conocido a la postre como la guerra de los Cien Años. Pero esa larga contienda no solo arrastraba a estos dos reinos, pues los demás territorios continentales también se veían de alguna manera afectados. Por aquel entonces la balanza estaba inclinada a favor del monarca inglés, Enrique V. Sirva de ejemplo que apenas seis años atrás había acontecido la importante batalla de Agincourt donde los soldados británicos destrozaron a la formidable caballería pesada francesa y diezmaron a la flor y nata de la nobleza gala, dejándola literalmente hundida en el barro. Los arcos galeses, una vez más, sentenciaron la batalla.

Sepulcro de Carlos III el Noble y Leonor de Trastámara en la Catedral de Pamplona.

Pues bien, a inicios de 1421 las tornas de la guerra comenzaron a dar un ligero cambio. El 22 de marzo, dos meses antes de que naciera el príncipe de Viana, la situación de Francia era tan desesperada que el delfín Carlos, futuro Carlos VII, pidió ayuda al rey Jacobo I de Escocia, quien no desperdició la oportunidad de combatir a sus históricos enemigos ingleses. Por ello hizo llegar a las filas francesas importantes tropas de refuerzo, las cuales se convirtieron en el pilar defensivo del valle bajo del Loira. Y así los británicos fueron vencidos en la batalla de Baugé. De seguro la causa de la derrota se debió a que el duque de Clarence, a quien el rey Enrique V dejó al mando de las fuerzas militares cuando tuvo que marchar a Inglaterra, se enfrentó al enemigo sin el apoyo de los arqueros. El resultado fue un auténtico desastre para las tropas y las pretensiones inglesas.

Se suceden los días y pasado poco más de un año desde el nacimiento del príncipe navarro, el 11 de junio de 1422 fue jurado heredero por todos los altos cargos y dignidades del reino. Cuatro meses después, un 21 de octubre, murió el monarca francés Carlos VI, reclamando el trono su hijo, el delfín Carlos. Pero la situación en el terreno galo, con los borgoñeses en su contra y con los ingleses ocupando la mitad de Francia, le impidió conseguir entonces la ansiada corona y tuvo que esperar un poco más para lograrla. Curiosamente la vida de los dos Carlos, el navarro y el francés, seguirían caminos paralelos y se verían influidos el uno en el otro en más de una ocasión. Pero no adelantemos acontecimientos.

El 8 de septiembre de 1425 fue una triste jornada para nuestro príncipe. Aunque solo contaba con cuatro años de edad, la sombra de la muerte de su abuelo materno se hundió en lo más profundo de su alma. Y es que ese día abandonó este mundo el monarca noble; aquel que trajo al reino unas maneras de gobierno y un refinamiento hasta entonces desconocidos. Su influencia traspasaría el tiempo y su legado crecería y se mantendría vivo en la figura de su nieto, quien heredó de él, entre otras cosas, el gusto por las artes, la cultura y el amor por el conocimiento.

Unos meses antes, el 5 de enero, nació quién sería llamado Enrique IV de Castilla. El destino tenía pensado para ambos príncipes, el navarro y el castellano, un futuro en el que compartirían importantes hechos, pues fue hermano de Isabel, conocida tiempo después como la Católica, y esposo de Blanca de Navarra, la hermana mayor del príncipe de Viana. Dicho matrimonio no terminó bien pero ya llegaremos a eso un poco más adelante.

Juana de Arco.

También ese mismo año vino al mundo el 2 de febrero la hermana pequeña de Carlos, Leonor, una mujer que vivió de primera mano el juego de tronos que era la familia real. Sobrevivió a nuestro protagonista y a su padre y llegó a reinar, eso sí tan solo dos semanas, siendo de esta forma ella quien diera continuidad al linaje de la casa real navarra.

Cuando el príncipe cumplió ocho años, en 1429 cobraba protagonismo Juana de Arco. La increíble historia de la doncella de Orleans de seguro habría llegado a oídos de Carlos en más de una ocasión. Sabría de las hazañas de esa joven campesina que, poniéndose al frente del ejército francés consiguió victorias inimaginables y devolvió la esperanza a un pueblo rendido. Gracias a ella el delfín francés logró ser coronado en la catedral de Reims ese mismo año. De igual manera conocería que dos años después, en 1431, dejó este mundo quemada en la hoguera, pues este hecho recorrió todas las cortes europeas y forjó su leyenda.

Aquellos maravillosos años

El 30 de septiembre de 1439, a los dieciocho años, Carlos contrajo matrimonio con Inés de Cleves en el magnífico palacio de Olite. La joven princesa borgoñesa trajo a Navarra los gustos y las modas de su tierra, que por aquel entonces era famosa por sus lujos y faustos. Ese mismo año nació Juana de Portugal, mujer que sustituiría en un día no muy lejano a Blanca de Navarra como esposa del rey Enrique IV de Castilla, extendiendo una vez más de esta manera un nuevo hilo invisible entre todos. Además sería la madre de una niña llamada Juana, conocida como la Beltraneja, y con ella se escribiría otra página de la historia de España con la tinta de la sangre vertida en una guerra civil, la cual terminaría con la victoria de su tía Isabel. Pasado, presente y futuro, todo volvía a estar unido.

Mientras tanto, ajenos a estos acontecimientos, unos desconocidos marineros portugueses pisaron tierra por vez primera en las islas Azores y así el mundo comenzaba a hacerse más grande. Pero entre las sábanas de la cama de la reina parturienta y los lujos del banquete nupcial de Carlos e Isabel, no había sitio para esos anónimos individuos que cincelaban el futuro de todos a base de navíos, cartas náuticas por dibujar y mucho valor.

Matrimonio Arnolfini, por Jean Van Eyck (1434)
National Gallery de Londres.

La pérdida de una madre y el adiós a una esposa

Volvemos a saltar en el tiempo y llegamos al año 1441. El 3 de abril se apagó para siempre la luz de Blanca I de Navarra, madre de Carlos, un desgraciado acontecimiento que supuso el punto de inflexión en la vida del príncipe y en la de todo el reino, pues esta muerte trajo funestas consecuencias para Navarra en forma de guerra civil. Falleció también ese mismo año el pintor Jan van Eyck, quien se convertiría en uno de los más célebres artistas flamencos. En su retrato del matrimonio Arnolfini dejó testimonio de la realidad comercial (de banca y crédito) que dejaba atrás el viejo mundo y se abría a un futuro completamente diferente; uno cambiante pero que aún no había mirado hacia Occidente, más allá del mar Océano. Pero poco faltaría para eso.

Once años después de su boda una nueva muerte condicionó la vida del príncipe de Viana. El 6 de abril de 1448 falleció su esposa Inés de Cleves. De esa unión no nació heredero alguno y Carlos no consiguió volverse a casar, marcando esto el destino de todo el reino.

Meses después, el 4 de noviembre nació en tierras de la península itálica Alfonso II, quien llegó a ser rey de Nápoles. Este era nieto de Alfonso V de Aragón, el Magnánimo, que fue tío de Carlos de Viana y con quien mantendría una muy buena relación.

Transcurridos unos años, en 1456, el príncipe navarro realizó un gran viaje que le llevó a París (junto al rey Carlos VII), a Milán y a Roma, para terminar en la fastuosa corte napolitana de su tío, donde se rodeó de un gran ambiente cultural. Conoció allí a ese pequeño Alfonso de apenas ocho añitos de edad, a quien la vida le depararía, por un lado, desgracias ante la política expansionista de Francia sobre Italia, y por otro, placeres por su gran amor hacia las artes, que le llevarían a ser un importante mecenas de los artistas del primer Renacimiento.

Y así, rodeado por las aguas del *Mare Nostrum* se abría ante los ojos de Carlos otra forma de pensamiento.

Un mundo en constante cambio

Vamos viendo que la realidad y el presente que vivimos también son incontables realidades y presentes que desconocemos y que se extienden por todo el planeta de forma simultánea, llegándonos tarde o temprano sus

Entrada de Mehmed II en Constantinopla (1453).

ecos como si se tratase de una masa de agua en la que se lanzan a la vez un sinfín de piedras que crean en su superficie unas hondas que terminan por mezclarse entre sí en una sinfonía de movimiento, unidad y conexión. Pues de igual manera, mientras Navarra vivía una guerra civil al disputarse Carlos y su padre el trono, lejos, muy lejos de donde su mundo comenzaba y acababa, un suceso marcaría el destino de todos. El 29 de mayo de 1453, el día del cumpleaños de nuestro príncipe, caía la gran ciudad de Constantinopla en manos de los turcos otomanos. El inmenso ejército del sultán Mehmed II tomaba la capital del milenario imperio bizantino, cayendo de esta forma los últimos romanos. Las consecuencias para el mundo entero fueron inmensas. La noticia corrió con las alas de Mercurio y causó estupor en toda Europa. Pero no fue el miedo a una expansión turca la que hizo que girasen las tornas de la historia, sino la necesidad de buscar nuevas rutas comerciales que conectaran a Europa con las tierras del Lejano Oriente. La repercusión del cierre de la tradicional ruta oriental trajo enormes consecuencias en todos los ámbitos. Pero ese 29 de mayo, martes, en Navarra aún nadie sabía de ellas.

Cinco años después de este hecho, el 27 de junio de 1458 un nuevo grano de arena cayó en el reloj de la vida de Carlos. Ese día murió su tío Alfonso V, titular de la corona de Aragón. Los efectos políticos fueron inmediatos pues Juan, su padre y a la sazón hermano del fallecido, fue proclamado nuevo rey al ser el heredero legítimo. Mientras tanto en Castilla reinaba Enrique IV junto a su segunda esposa, Juana de Portugal, tras haberse anulado su matrimonio con Blanca de Navarra tres años atrás, alegándose que este no había llegado a consumarse debido a la impotencia del monarca. Pero la realidad era que las redes de los intereses terrenales y las alianzas políticas tuvieron mucho que ver en esa nulidad, pues al fin y al cabo Castilla apoyaba las pretensiones de Carlos al trono de Navarra en la lucha contra su padre Juan. Seis largos años tardó Juana en quedarse embarazada dando a luz a una heredera manchada con la sombra de la duda sobre su paternidad. ¿El padre era Enrique IV de Trastámara o su valido Beltrán de la Cueva? Un enigma que jamás se podrá resolver. Sin saberlo todos eran piezas de un enorme tablero de ajedrez y jugaron una partida en la que se vieron inmersos con mayor o menor fortuna.

En otro orden de cosas ese mismo año falleció el papa Calixto III y fue sustituido por Pío II, acontecimiento que afectó a la realidad de

Arco de triunfo de Alfonso V de Aragón en el castillo nuevo de Nápoles.

Carlos como heredero de la corona de Aragón. Al morir el tío del príncipe de Viana, Alfonso V el Magnánimo, Calixto III declaró extinta la casa de Aragón en Nápoles y no aceptó al hijo de aquel, Fernando I, por su condición de bastardo aun habiendo sido reconocido por su padre. El pontífice le negó el derecho de herencia e intentó proclamar el reino de Nápoles como propiedad de la iglesia. Pero la muerte del santo padre se llevó consigo esa aspiración tan terrenal y el siguiente pontífice aceptó a Fernando I como heredero legítimo de su padre. Mucho tiempo después sería su nieto, Fernando II, quien seguiría disputando tan importante reino a los franceses, pero esta vez lo haría con la ayuda de tropas españolas al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Más esa es otra historia.

Los últimos años de un príncipe

Contaba 38 años el príncipe de Viana cuando vivió uno de los momentos más especiales de su vida. El 31 de marzo de 1460 haría su apoteósica entrada en la ciudad de Barcelona, pareciendo así posible la reconciliación entre Carlos y Juan. El monarca aragonés aprovechó la circunstancia para espetar a su hijo eso de: "Si me haces hechos de buen hijo, te haré hechos de buen padre". Pero la cosa quedó ahí, pues poco después ordenaría su detención, iniciando con ello un levantamiento en Cataluña y un recrudecimiento de la guerra civil en Navarra. Mientras Carlos permanecía encerrado, a muchos kilómetros de su celda un niño de apenas un año estaba siendo cuidado por su madre, Aixa, y velado por su padre, Muley Hacén. Disfrutaba del calor y del cariño maternal y de la protección paterna, justo lo contrario de lo que tenía nuestro príncipe. El destino que le esperaba a ese bebé, llamado Boabdil, ya estaba tiempo atrás escrito pues sería el futuro califa del reino Nazarí de Granada, el último gobernante musulmán de la centenaria al-Ándalus; pero claro, nada sabía de ello el día en el que Carlos de Viana fue hecho prisionero.

El 22 de julio de 1461 falleció el rey francés Carlos VII. Un absceso en la boca hizo que se le dejase de alimentar y muriese de hambre. La Parca jamás ha entendido de clases ni de formas y así marchaba de este mundo una figura que acompañó a Carlos de Viana toda su vida, no de una forma directa pero sí por caminos paralelos con ciertos cruces que se unieron en momentos puntuales.

Estatua de Boabdil en el Parque Histórico de San Sebastián de Navalcarnero .

Poco después, el 23 de septiembre, la muerte alcanzó al príncipe de Viana cuando contaba con tan solo cuarenta años de edad. Su padre le acompañaría dieciocho años después, así como sus hermanas, amigos y todos aquellos con los que compartió existencia. Dejó una realidad en profundo cambio, sumida en una intensa transformación que desembocaría en una nueva era histórica, en un nuevo mundo: Aragón seguiría extendiéndose por el Mediterráneo y Castilla cruzaría el océano; las dos coronas terminarían por unirse y llegaría el tiempo de España; desaparecería la Granada musulmana; Navarra sería conquistada y Portugal arribaría a la India; y por último Francia, Inglaterra y todos los reinos europeos seguirían participando en el juego del poder como siempre, pero ahora con nuevas fichas, reglas y fronteras cada vez más amplias y distantes. Al final finalizaría la Edad Media para dar paso a la Edad Moderna. Así que recordemos que en esta vida todo llega, todo pasa y al final todo cambia.

El autor es historiador y profesor.

Arriba: Escudo de los Reyes Católicos "Tanto monta".

Abajo: La rendición de Granada, por Francisco Pradilla (1882). Palacio del Senado de Madrid.